

del pintoresco lomerío. Dentro de la ciudad el aspecto cambia completamente. Las calles son estrechas, sucias y torcidas, y exceptuando la iglesia nueva, torpe y ridícula imitación del estilo ojival, y algunos edificios comerciales modernos, carece enteramente de construcciones notables. Lo que llama la atención del viajero é impresiona agradablemente, es el movimiento que se nota en la ciudad, sobre todo en los barrios comerciales y las cercanías del muelle. Mazatlán es esencialmente una población de trabajo, y entre aquel ir y venir de peatones y carruajes no se nota esa miseria y abandono de nuestro pueblo, que tan dolorosa impresión causa en la mayor parte de las ciudades del interior de la República. El pueblo es limpio, alegre, bullicioso y desconoce por completo la miseria. El alto comercio cuenta con varias casas millonarias, y su contacto mercantil con San Francisco de las Californias ha desterrado de estas gentes la apatía y el odio al trabajo que caracterizan á los moradores de las tierras calientes. Hay en este pueblo algo muy particular: así como el día lo consagra exclusivamente al trabajo, la noche la dedica á la juerga y al holgorio. A las nueve de la noche, casinos, cantinas y billares se hallan llenos de parroquianos, entre los cuales abundan alemanes y españoles, adueñados en Mazatlán de los principales negocios. A esa hora todo es beber y jugar, y después de la trasnochada, todo el mundo va á sus ocupaciones con religiosa puntualidad. La música

de los gallos suena hasta la madrugada, y proverbial es el lucimiento de los bailes *mazatecos* ó *mazatllecos*, llenos de alegría, elegantes y costosos; y de fama el lujo con que se celebran las fiestas del carnaval, las cuales no ceden en brillo más que á las de Mérida, y con las que sólo Guaymas suele competir en ocasiones. La afición al juego es desmedida, y año por año, en el paseo de las Olas Altas, bajo carpas de manta enjalbegada y adornadas con derroche de lujo, al son de las orquestas, entre los gritos de los gallos y el rasguear de las guitarras, los aficionados á Birján son desplumados por los implacables banqueros. Sobre el verde tapete se tienden hasta 100.000 onzas mexicanas, y de muchas leguas á la redonda acuden los viajeros á la feria, que es, para los más, motivo de diversión, y para los menos, oportunidad de redondear magníficos negocios.

El paseo de las Olas Altas es la nota característica de Mazatlán. Dificilmente puede imaginarse un panorama más bello que el del mar visto desde ese punto. Las olas vienen á romper con estrépito sobre los escollos que erizan la playa, y eso á toda hora, sin cesar en su ruido ensordecedor, y no tardará ciertamente el padre océano en dar cuenta de toda esa porción de la costa. Mar adentro, á tres ó cuatro kilómetros, dos enormes rocas se alzan muchos metros sobre la superficie de las aguas y dan otra nota pintoresca al paisaje. Una puesta de sol, desde aquel

sitio, es incomparable, y á esas bellezas se añaden las que prestan al puerto, tendido sobre el mar, sus cerros cubiertos de eterna verdura, sus palmeras que le dan el tinte característico de nuestros paisajes costeros, y su vegetación lujuriosa.

La *Cordelière* dirigió su ataque contra las fortificaciones que se empezaban á alzar en Puerto Viejo, á la espalda de la nueva bahía, y nosotros dirigimos nuestras visuales al espectáculo desde el cerro de la Nevería. Tan interesante eminencia estaba cambiada desde muy temprano; ya no se veía en ella rastro de piedras ni de árboles ni de tierra vegetal; todo era sacos de *pongée*, sombreros de Panamá, barbas rubias, sombrillas blancas, trajes blanquísimos, caras morenas, ojos de brasa, pies chiquirritines y piernas... ¡ay, qué piernas, como las que sólo se ven en este Mazatlán de mis culpas!

La mañana era clara, el cielo diáfano, el sol picón y excitante, el chismorreó sin fin. Dos lanchas cañoneras andaban de aquí para allá, haciendo evoluciones de las cuales maldito lo que entendíamos los profanos. De repente se adelanta una de las lanchas y empieza á cañonear el puerto, otra la sigue y una tercera avanza un poco después. Tres cañoncitos de los nuestros se presentan, y á cielo abierto, á la luz del sol, sin prevalerse de fortificaciones ni atajadizos, contestan á las lanchas por sus propios consonantes. De pronto se oye un golpe seco, un cru-

jido, muchas voces; acaba de entrar una bala á la lanchita causándole no sé qué horribles desperfectos, pues se aleja renqueando con trabajo—dispensa este término terrestre del menos marino de los mortales.—Los mirones aplaudimos frenéticos.

Sánchez Ochoa andaba por allí montado en un cabaíllo negro que daba gusto, y reprendiendo á uno, alentando á otro, excitando á aquél, ora dando vivas á la República, ora dándose á todos los demonios, era el alma de la defensa, el *tu autem* de todo el negocio.

Más seguro y más grande habría sido nuestro triunfo si el capitán Miguel Quintana no hubiera querido rodar personalmente una pieza para activar las operaciones. Una bala de las lanchas contrarias vino de pronto, y en aquel momento, entró por la cajuela, inflamó la pólvora y dejó al buen Quintana ciego y atolondrado. Acudieron á prestarle auxilio y le encontraron negro como la tizna de cara y manos, denegrido el traje y el sombrero, sin vista y sin movimiento; pero pronto, seguro y diciendo á voces: — ¡Tiren, no ha sido nada; sigan tirando, muchachos, que con otra se van mar adentro los franchutes!

Pero, ¿quién iba á tirar? Tagle yacía en el suelo contuso y maltrecho; habían muerto á un soldado y á un sargento y tres artilleros estaban heridos. Mas tampoco había á quién dirigir los tiros: las lanchas se alejaban dejándonos boquiabiertos á los espectadores, que al fin con-

vinimos en que no había pasado la cosa de un reconocimiento, en que á su costa habían reconocido los franceses que todavía les falta la cola por desollar.

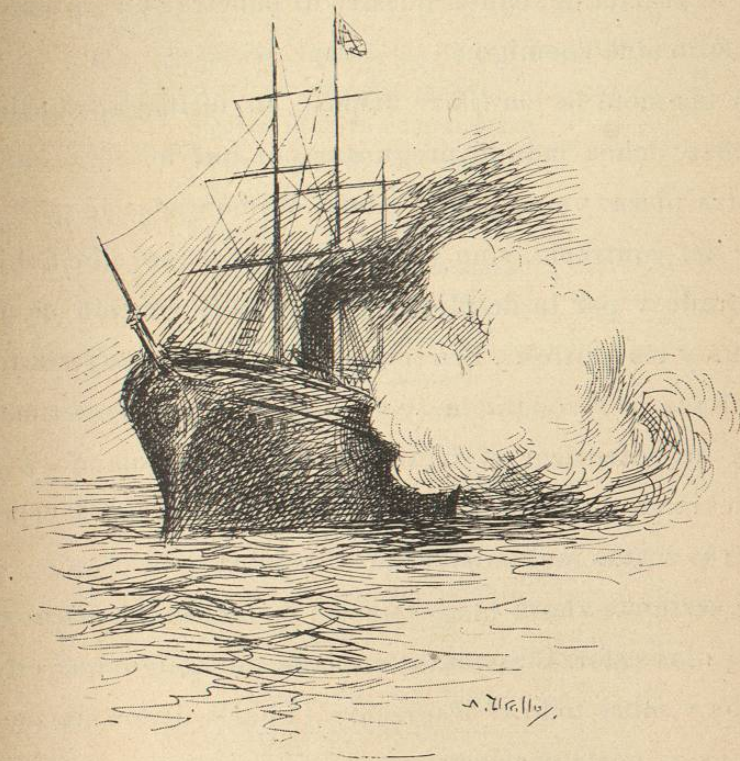
Jueves y Viernes santos, como días de recogimiento, los emplearon los piadosos franceses quizás en azotarse con rebenques, quizás en comer pescados secos, quizás en hacer preparativos para vengar su fracaso del miércoles.

El sábado á buena hora, luego de desayunarme con la calma debida, subí al cerro de la Nevería, donde me dijeron que la *Cordelière* en persona acababa de arrojar una bomba de ciento veinte libras contra el grupo de trabajadores empleados en levantar fuertes; matando é hiriendo á varios; pero tú ya conoces á nuestros pelados: recibieron el confitazo entre risas, algazara y vivas á México y siguieron arrancando piedra como si tal cosa.

Entonces avanzó una piececita de á doce, la única que teníamos servible, pues las demás eran tan pequeñas que no alcanzaban siquiera los trescientos ó cuatrocientos metros que á ojo de buen cubero me figuro distaría de la playa el armatoste de la *Cordelière*. Al mirar el cañoncito, los de la fragata comprendieron que ya tenían objeto sus tiros, y por seis horas, es decir, desde la una de la tarde hasta las siete de la noche, estuvieron disparando sin cesar queriendo desmontar la pieza colocada en la playa, la cual estaba en tan mal predicamento, que no respondía á

todos los tiros de su contraria porque los oficiales estaban temerosos de que no resistiera mucho tiempo.

El panorama era el siguiente: en el mar, la fragata volteando de tiempo en tiempo uno de sus costados y dis-



parando su andanada contra la playa sin conseguir desmontar á la piececita; en la orilla del mar, Sánchez Ochoa montado en su caballito negro, impertérrito, quieto, seguro, dando sus órdenes y mirando con absoluta estoicidad los torbellinos de agua y arena que levantaban los proyectiles, ora cayeran en el mar, ora fuera de él; más

lejos el cañoncito del cuento haciendo blanco en la fragata, agujereándola y causándole muertos y heridos; y arriba, más arriba, nosotros, los mirones, el coro, que aplaudía, que gritaba, que silbaba cada vez que se oía el *crac* de la bala del cañón nuestro al penetrar en los costados del buque enemigo.

A las siete la *Cordelière* disparó su última andanada; Sánchez Ochoa mandó preguntar por qué no contestaba nuestra pieza: ya no podía; estaba desmontada; no por los tiros del contrario, sino por los muchos que ella había disparado y por la debilidad y mala construcción de la cureña y los afustes... Era tiempo: la *Cordelière* se retiraba humillada y rezongando, y la marea se encargaba más tarde de patentizar el triunfo mexicano arrojando á la playa trozos de madera y de hierro que vinieron á besar nuestras costas juntamente con la espuma del Océano.

Describirte ahora el entusiasmo de las lindas mazatlécas, de los esforzados mazatlecos, de tu amigo que esto escribe y sobre todo el desprecio y la burla de los marinos ingleses y norteamericanos que vieron el caso, exigiría mucha tinta y papel. Los tripulantes de la fragata inglesa *Charibdis* convidaron á Sánchez Ochoa y á su oficialidad á una comida en su barco, y allí pusieron á los pobres franceses de torpes, ignorantes y para poco que daba gusto oírles. ¡Ojalá que pronto pueda enviarte muchas noticias como esta!

El Nigromante.

DE FIDEL AL NIGROMANTE.

Monterrey, Octubre de 1864.

Sabrás, Ignacio querido,
Ciertas nuevas de la corte,
Que es archivo de grandezas
Y colección de primores.
El correo suele decirnos
Cómo detonan los bronce,
Cómo suenan las campanas
Y cómo aquello es disloque,
Delirio, gloria, algazara
Y confusión y desorden.
Pero lo que no se sabe,
Porque pocos los conocen,
Es ciertos detalles íntimos
Que revelan que se esconde
En lo oculto de estas gentes
— Mochitos ó *sans culottes* —
El veneno que corroe
Al famoso Juan Almonte.
— Alias conde don Julián —
Al arzobispo don Opas
(Como le dicen por mote
A Pelagio Labastida)
A Salas, Fraunfeld y Vega
Y á Schiaffino el de la *estrofe*.
Aquel Fernando Ramirez
Que ha formado un almodrote
Con antiguallas y leyes,
Con libertad y censores,
Acepta ya un ministerio

De los criados anteanoche
 Por su Majestad austriaca.
 Dicen que le dijo flores
 Doña Carlota, que un poco
 Vaciló; pero que entonces
 Le cantó Maximiliano
 Tantos y tales loores,
 Que á la postre soltó el queso
 El pobre chino, y quedóse.
 Siempre me dió mala espina
 Este idolo de tezontle
 Que nada entre las dos aguas
 Como buen moderadote,
 Por más que el día de la entrada
 No quiso poner faroles.
 Yo le compuse hace poco
 Unos versillos atroces,
 E hice otros á una muchacha
 Que les tiró á los gritones
 Unos retratos de Juárez,
 Para que les dieran coces
 Mulas como el chato Salas
 Y de Orizaba el buen conde;
 Allí van unos y otros;
 Dispénsales sus errores.

AL PRIMER MINISTRO DEL AUSTRIACO, DON FERNANDO RAMÍREZ.

ALIAS «EL CHINO».

¡Oh! tú, fiel anticuario
 Enemigo del futuro,
 Que tan mal finges lo puro
 Como bien lo reaccionario.

*
 * *

Comentador de Prescott,
 De los archivos gusano,
 Que lo mismo eres cristiano
 Que adorador de Astaroth.

*
 * *

Científico entre científicos,
 Zurcidor de historias viejas,
 Que te has quemado las cejas
 Descifrando jeroglíficos.

*
 * *

Especie de raro astrólogo,
 Que conforme á tu deseo
 Eras guardián del Museo,
 Su murciélago, su arqueólogo.

*
 * *

De algún idolo crisálida,
 Que esperó á la edad dichosa
 De salir ya mariposa
 Aunque sin color y pálida.

*
 * *

Para ir á chupar la miel
 De alguna regia corola,
 Y ser gala y gala sola
 De algún imperial dosel.

*
 * *

Tú, el filólogo, el legista,
El poligloto, el paleógrafo,
El compilador, el geógrafo
Que empinó al pobre de Arista:

Tú, el que meneando la cola
Ante un ministro de España,
Volviste como maraña
La convención española.

Faltábate en tu carrera
El indisputable honor
De ser el primer traidor
Que obtuviese una cartera.

¡Ministro de Relaciones!
¡Qué más quieres! Tu manía
De ver tu sabiduría
Admirar á las naciones!

Por supuesto vas á ser
El figaro del austriaco,
Su minerva, su dios Baco,
Y el mentor de su mujer.

Con tu erudición perfecta
Les vas á probar, en suma,
Que el cetro de Moctezuma
Les viene por línea recta.

Y por tenerles más gratos
Con tan lindo parentesco,
En un ídolo grotesco
Vas á encontrar sus retratos.

Fácil te será trazar
Rayas á lo tonto y loco,
Para juntar con Texcoco
A Viena y á Miramar.

Luego, las damas de honor
Van á ofrecerte sus almas,
Y á llevarte entre sus palmas
Por gozar de tu favor;

Y he dicho que ofrecerán
Sus almas, porque en lo físico,
Cuando quieras morir tísico
En coro te abrazarán.

La Salas te hará una salva
Por tus ojitos azules;
Y la Almendaro y la Tules
Te acariciarán la calva.

Zamacois será tu vate;
Y si te ataca la gota,
Te dará mamá Carlota
Sopitas de chocolate.

¡Oh, Fernando! ¡hombre de seso!
Camela á la real consorte
Y vas á estar en la corte
Como ratón en el queso.

¿Quién pensara, voto á tal,
Que tanta sabiduría
Había de servirte un día
De pierrot de carnaval?

Si mueres de reconcomia
En el Museo susodicho,
Prepara desde hoy un nicho
Donde te luzcas de momia.

Y así como á la celada
Del primer conquistador
Le diste un lugar de honor
En tu mansión empolvada,

Do los ídolos están
Entre un millón de trebejos
Tan rotos, sucios y viejos
Que hasta compasión me dan;

Prepara un escaparate
Ó la estaca de una mona
Para poner la corona
Del madrugador magnate

Y agrega en el gran registro
De aquel antro sepulcral,
Esta diadema imperial
Velada por un ministro
Que á manera de veleta
Vivió en el pícaro mundo,
Con talento tan profundo
Que al fin perdió la chabeta
Y se hizo traidor inmundo.

A LA NIÑA BARREDA, LANZANDO EN UN VÍTOR EL RETRATO
DE JUÁREZ PARA QUE LE HICIERAN PEDAZOS

Niña tierna, que en la aurora
De tus infantiles gracias,
Eres volcán de entusiasmo
Y eres de venganza llama;
Cuando miré tus arranques
Y tu saña arrebatada,
Dije, para mis adentros:
«¡Vítor! el refrán no falla:
De tal palo tal astilla
Y tal fruta de tal rama.»
Torna mi mente á los tiempos
Del libertino Santana,
Cuando era palacio nido
De venenosas tarántulas,
Donde Birján era el ídolo
Y do á Baco se adoraba;
En que rufianes y tahures
Decidían de la patria
Y la renta del tabaco
Era de tu abuelo ganga;
En que siguiendo el adagio,

Que dice, con eficacia:
«Un clavo saca otro clavo,»
Tu mamá desventurada,
Halló á Barreda de alivio
De los males de Santana,
Y un cojo sacó á otro cojo
De un piélagos de desgracias;
Así el tafetán nos cura
Del desliz de una navaja,
Y á la irritación suceden
El mucilago y las malvas;
Así á modista incipiente
Le presta el disfraz la máscara,
Y en el carnaval alterna
Con la nata de las damas.
Tu papá, que no es un ave
Que se ande siempre en las ramas,
Entra en el Ayuntamiento,
Los archivos desbarata...
Mete el garfio, y el origen
Se encuentra allí de tu casa...
Ya miras que en mamotretos
Dos fuentes así no se hallan,
De una nobleza más limpia
Y de una mejor prosapia;
Que si quitas las carrozas,
Las plumas y las espadas,
Quedarían en sus hechos
Medio diente con la Paca.
¡Oh! si te bulló la sangre
Al mirarte en la algazara
Y dijiste: al agua patos,
Y alborotamos la frasca...
¡Ni más ni menos tu abuelo
Gritaba Paz Octaviana,
Llevando doquiera á su hija,